

University of Nebraska - Lincoln

DigitalCommons@University of Nebraska - Lincoln

Spanish Language and Literature

Modern Languages and Literatures, Department
of

2019

Mujeres que trabajan: La economía feminista en la narrativa de Eider Rodríguez

Iker Gonzalez-Allende

Follow this and additional works at: <https://digitalcommons.unl.edu/modlangspanish>



Part of the [Spanish Literature Commons](#)

This Article is brought to you for free and open access by the Modern Languages and Literatures, Department of at DigitalCommons@University of Nebraska - Lincoln. It has been accepted for inclusion in Spanish Language and Literature by an authorized administrator of DigitalCommons@University of Nebraska - Lincoln.

Mujeres que trabajan: La economía feminista en la narrativa de Eider Rodríguez

Iker González-Allende

Modern Languages and Literatures,
University of Nebraska-Lincoln, Lincoln, Nebraska, USA

Corresponding author – Iker González-Allende, igonzalezallende2@unl.edu

Abstract

This article analyzes four contemporary short stories written by Basque author Eider Rodríguez that address women's obstacles and oppressive conditions in the labor market. Using the theories of feminist economists such as Amaia Pérez Orozco, Cristina Carrasco Bengoa, and Lourdes Benería, I analyze how in these narratives women are forced to leave their paid jobs when becoming mothers, being reduced to a maternal and domestic identity, or they try to reconcile their professional and family life, thus suffering physical and mental exhaustion and emotional instability. The short stories also show the poor working conditions that women face, having to work in low-paid jobs and suffering workplace harassment from their bosses. Rodríguez criticizes the lack of participation by husbands in household chores and reveals how neoliberal capitalism is heteropatriarchal by not valuing women's care work and taking advantage of them in the labor market.

Keywords: Eider Rodríguez, Basque Country, feminist economics, working women, care work, labor market, workplace harassment

Published in *Symposium* 2019, vol. 73, no. 4, pp. 203–218.

doi 10.1080/00397709.2019.1675307

Copyright © 2019 Taylor & Francis Group, LLC. Used by permission.

La participación de la mujer en el mercado laboral se ha generalizado en la sociedad occidental de manera similar a la de los hombres. La realización de un trabajo remunerado puede permitirle a la mujer disfrutar de una mayor autonomía e independencia económica e incluso sentirse más realizada. Sin embargo, debido mayormente a la todavía existente identificación cultural de la mujer con el espacio familiar, es común que ésta se enfrente a dificultades para conciliar el ámbito laboral con el familiar y/o a situaciones de desventaja y discriminación en el trabajo.

En diversos relatos de la escritora vasca Eider Rodríguez (Rentería, Gipuzkoa, 1977), publicados en sus libros *Y poco después, ahora* (2007), *Carne* (2008) y *Un montón de gatos* (2012) —versiones en castellano de sus originales en euskera: *Eta handik gutxira gaur* (2004), *Haragia* (2007) y *Katu jendea* (2010)—, se aprecian los múltiples obstáculos y condiciones de opresión que experimenta la mujer en el mercado laboral. En concreto, Rodríguez revela los problemas que afrontan las mujeres para conciliar el trabajo fuera de casa con su vida familiar y la poca colaboración de sus maridos en el hogar. Al recaer mayormente sobre la mujer las tareas domésticas y el cuidado de los hijos, ésta se ve obligada a dejar su trabajo remunerado, quedando reducida a su identidad maternal —como sucede en “La semilla”—, o bien trata de conciliar la vida profesional y familiar, padeciendo como consecuencia un gran agotamiento físico y mental e inestabilidad emocional —como se aprecia en “Preferiría no tener que mentir”. Asimismo, en “Yolanda y las sillas”, la autora manifiesta las malas condiciones laborales que padecen las mujeres, las cuales suelen realizar los trabajos menos valorados y peor remunerados, trabajos repetitivos y deshumanizantes en jornadas largas que apenas les permiten descansar al finalizar el día. Por último, en “No vale un gato”, Rodríguez revela cómo las mujeres sufren acoso moral en el trabajo por parte de sus jefes y cómo esto socava su salud mental y afecta gravemente a todos los aspectos de su vida.

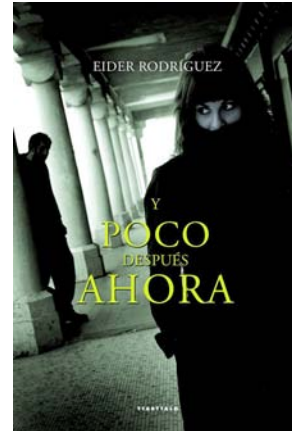
Rodríguez, doctora en literatura vasca y profesora en la Universidad del País Vasco, ha trabajado como periodista, guionista y traductora, pero es mayormente reconocida por los cuatro volúmenes de cuentos que hasta el momento ha publicado.¹ Sus relatos abordan temas de la vida cotidiana como las dificultades en las relaciones sentimentales y familiares, los triángulos amorosos, la incomunicación y la soledad del ser humano, la homosexualidad, la Guerra Civil Española

y el movimiento independentista vasco. Iratxe Esparza ha señalado que Rodríguez utiliza un lenguaje claro, “sin maquillaje y ofensivo”, para reflejar el mundo oscuro de sus personajes (29). Por su parte, Mari Jose Olaziregi y Mikel Ayerbe destacan de su cuentística su capacidad para manifestar los miedos y anhelos del ser humano (61). Rodríguez ha señalado en diversas entrevistas que se considera realista y que no intenta embellecer la realidad.

Aunque en sus relatos incluye protagonistas masculinos, un gran número de sus narraciones gira en torno a cuestiones vinculadas con la mujer, como las relaciones madre-hija, la solidaridad femenina y los tiránicos cánones de belleza. El mensaje feminista que transmite Rodríguez en sus obras se halla en otras escritoras vascas nacidas en las décadas de los 70 y 80 como Karmele Jaio, Jasone Osoro y Katixa Agirre. A pesar de la presencia de estas nuevas voces de mujer, el canon de la literatura vasca ha estado tradicionalmente dominado por los hombres, una situación que permanece en la actualidad cuando comprobamos la escasez de mujeres que forman parte de la Asociación de Escritores Vascos (Esparza 27).

La situación laboral que ofrece Rodríguez en sus cuentos manifiesta la realidad social del País Vasco, la cual es extensible a España. Aunque sus relatos se desarrollan mayormente en Euskadi, las coyunturas que presentan sobre el trabajo femenino son aplicables al resto de España por la similitud existente en la discriminación de la mujer. En el País Vasco la posición de la mujer ha mejorado en las últimas décadas, especialmente en el entorno legal y educativo, pero sigue habiendo diferencias significativas respecto a los hombres en las peores condiciones de trabajo y sueldos más bajos y en el mayor tiempo dedicado al cuidado de los hijos y familiares y a la realización de las tareas domésticas (Novo y Elizondo 15-18). En el ámbito español, Mercedes Alcañiz Moscardó señala un panorama parecido: las mujeres padecen una mayor precariedad que los hombres en el mercado laboral “debido a su mayor discontinuidad, temporalidad, subocupación” y “predominio de jornadas a tiempo parcial” (244).

Los relatos de Eider Rodríguez denuncian cómo la economía capitalista y el sistema de trabajo neoliberal van de la mano del





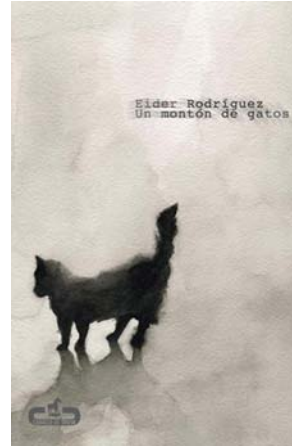
heteropatriarcado y conforman uno de los pilares fundamentales de la opresión que padece la mujer en la sociedad actual.² La diversidad de personajes femeninos que crea la autora, todos ellos con problemas debido a su situación laboral, demuestra la extensión generalizada de esta situación: la madre primeriza que ha dejado de trabajar y se siente minusvalorada, la madre de clase acomodada que trabaja fuera de casa y se halla desbordada para conciliar los ámbitos familiar y laboral, la mujer de clase trabajadora que tras una jornada larga y agotadora debe realizar las tareas domésticas y la

mujer que padece acoso moral de su jefe en la oficina en la que trabaja.

La visión del trabajo que ofrece Rodríguez se enmarca dentro de la perspectiva de la economía feminista que investigadoras españolas como Amaia Pérez Orozco, Cristina Carrasco Bengoa y Lourdes Benería han puesto de relieve.³ Aunque la cuestión del trabajo y de las brechas salariales entre hombres y mujeres se ha venido discutiendo especialmente desde mediados del siglo pasado, el término “economía feminista” surge como tal a finales de los 80 y comienzos de los 90, fuertemente influido por la creación de la International Association for Feminist Economics (Benería, “Neoliberalism” 259). La economía feminista supone una crítica a la economía ortodoxa que se rige por el concepto del *homo economicus*, es decir, por la acumulación de riquezas, crecimiento económico, productividad y beneficios. Frente a ella, Benería señala que la economía feminista busca visibilizar la economía del cuidado, esto es, el trabajo doméstico y las atenciones y los cuidados que se realizan en el ámbito familiar, en numerosas ocasiones por parte de las mujeres (“Neoliberalism” 260).⁴ De esta manera, se pretende construir una visión alternativa de la economía tradicional que se centre en “la construcción del bienestar social para todas las personas” (Benería, “¿Qué es la economía feminista?”).

Pérez Orozco denuncia también los enfoques androcéntricos de la economía tradicional, creada “por hombres para explicar las experiencias masculinas”, potenciando la dicotomía económico/no-económico, en la que se ha asociado lo no-económico con el ámbito privado, “con los roles, espacios, intereses y características históricamente adscritos a las mujeres” (“Economía del género” 45, 46). La economía feminista,

en cambio, busca crear una definición más amplia de lo económico que incluya las actividades que de manera invisibilizada han realizado las mujeres en los hogares y desplace el centro del análisis de lo mercantil a los procesos de sostenibilidad de la vida, ya que “la producción, los mercados, no tienen valor en sí mismos, sino en la medida en que colaboran o impiden el mantenimiento de la vida” (Pérez Orozco, “Economía del género” 54). Por su parte, Carrasco Bengoa enfatiza cómo el sistema capitalista sólo puede funcionar gracias a la explotación de los recursos naturales y a la fuerza de trabajo



que se reproduce desde los hogares (Pérez); es decir, depende del trabajo doméstico y de cuidados para el mantenimiento de la población y para que ésta disponga de energía y capacidad para trabajar en los empleos remunerados (“El cuidado” 44).⁵ Por eso Pérez Orozco usa la metáfora del iceberg para describir el sistema económico: lo que se ve y permanece a flote es el trabajo remunerado, sostenido por la parte invisible configurada por el trabajo de cuidados que cubre las necesidades de la vida (“Amenaza tormenta” 18).⁶

Precisamente Eider Rodríguez visibiliza el trabajo de cuidados y la dureza que implica realizarlo en su relato “La semilla”, incluido en *Un montón de gatos*, en el que una mujer que ha sido madre cinco meses antes reflexiona en primera persona sobre su situación. La protagonista se ha visto obligada a abandonar su trabajo de actriz por ser madre: “Y lo he dejado. El trabajo, me refiero. Pero no porque yo haya querido. Sino porque otros han querido. No hablo de mis suegros, sino de otros. Desde que me quedé embarazada dejaron de llamarme, ni siquiera para hacer el papel de embarazada” (61). La sociedad, por lo tanto, identifica el ser madre con la imposibilidad de realizar de manera plena un trabajo remunerado. La propia Eider Rodríguez confiesa que cuando la gente conoce que tiene dos hijos, deja de ser considerada escritora para convertirse “en madre de dos niños que tiene como afición escribir” (“Escritoras vascas”). En el mercado laboral, como indican Concha Gómez Esteban y Carlos Prieto, la intensa competitividad provoca prácticas discriminatorias por las que se excluye a las mujeres de puestos de responsabilidad porque se considera que no serán capaces de implicarse tanto en el trabajo o



dedicarle horas extras debido a sus compromisos familiares (161).

Al igual que la protagonista, numerosas mujeres que son madres tienen que abandonar su trabajo remunerado o flexibilizar su horario laboral para poder atender a sus hijos (Rodríguez Menéndez y Fernández García 267). Esto se debe a que socialmente todavía se considera que la mujer es la principal responsable de cuidar a los niños y se le educa desde pequeña para ello. Mari Luz Esteban y Ana Távora explican al respecto que a través de la concep-

ción sublimada de la maternidad, las mujeres aprenden a que la sociedad espera de ellas que sean proveedoras de afectos, que dejen a un lado sus propios intereses y necesidades y se dediquen a satisfacer los de los demás (64). Adrienne Rich acuñó el concepto de “maternidad como institución” para referirse a esta idealización de la maternidad que limita las potencialidades de la mujer y la sitúan bajo el dominio del hombre.⁸

La protagonista de Rodríguez se lamenta de esta construcción cultural de la maternidad y de que la sociedad la identifique exclusivamente como madre. Así, se queja de que la gente solo le haga preguntas sobre su hijo y de que un amigo director de cine le diga que huele a madre y que está muy bella en vez de ofrecerle un trabajo. Considera que antes la gente contaba con ella, “era un producto que estaba en el mercado” (57), mientras que ahora se ve a sí misma como un “producto defectuoso”: “Soy un tabú. Innombrable. Intocable” (58). Además de sentir que la sociedad ya no la valora en su individualidad, el trabajo de cuidados que realiza como madre y ama de casa tampoco le satisface: se aburre, se siente sola, poco realizada, minusvalorada.⁹ Cree que se ha convertido en un objeto funcional al servicio de los demás: “Sólo sirvo para saciar las necesidades fisiológicas de otros. En ese sentido soy una vaca, soy una cocinera mediocre, soy una fulana que ha conocido épocas mejores. Funcional, como una batidora. Aprieta aquí y ponme en marcha. Previsible, sometida, inconsistente” (59).

Este oculto trabajo de cuidados realizado por las mujeres ha posibilitado la continuidad de la especie y ha favorecido a los hombres en el mercado laboral. Así lo indica Carrasco Bengoa:

depués de cada generaci3n que deviene adulta ha habido una tarea de cuidado invisible —pero necesaria, dura y persistente— llevada a cabo d3a tras d3a por millones de mujeres. Ha habido [...] un trasvase de afectos y cuidados hacia los hombres, lo cual les ha permitido a estos 3ltimos recuperarse d3a tras d3a para continuar cotidianamente con su forma de vida y de relaci3n, y liberados de la responsabilidad del cuidado han podido participar continuamente en el mundo p3blico. (“Sostenibilidad de la vida” 44)

La protagonista se rebela contra este papel tradicional de servicio asignado a las mujeres. La visi3n negativa o desidealizada que ofrece de la maternidad la defiende la propia Rodr3guez en un ensayo sobre escritoras vascas, en el que arguye que resultan necesarias m3s representaciones de lo complicado de la maternidad, “voces de madres que poco tienen que ver con la ejemplar y abnegada, voces que reflejen las restricciones reales que lleva consigo la maternidad” (“Escritoras vascas”).¹⁰ “La semilla” resulta una buena aportaci3n en este sentido, ya que no s3lo desmitifica el trabajo de cuidados, sino que tambi3n muestra la responsabilidad que tienen los esposos en la perpetuaci3n de este modelo heteropatriarcal. El marido de la protagonista, con el que no parece sentir demasiada conexi3n tras trece a3os de matrimonio, llega tarde a casa despu3s del trabajo. La protagonista confiesa que no tiene “especial gana de que llegue”, pero que a la vez est3 esperando su retorno (65). Siente que su marido no la apoya ni la entiende emocionalmente, adem3s de que no valora su trabajo de cuidados y se desentiende de su hijo: “Vendr3 y pasar3n diez minutos antes de que se d3 cuenta de que su hijo est3 en la habitaci3n de al lado. Se le olvida. Dicen que hasta que el ni3o no cumple los dos a3os, el padre no es consciente de su paternidad” (64–65).

El relato se cierra cuando, tras llegar su marido a casa, ella finge representar el papel de la mujer y madre perfecta en una funci3n de teatro imaginada: “Un peque3o aplauso para 3l. Buenas noches, cari3o. ¿Qu3 tal te ha ido el d3a? Yo, aqu3, sin novedades, ya sabes, el ni3o por fin ha hecho caca [...]. Pero si3ntate, cari3o, si3ntate, cu3ntanos c3mo ha sido





tu día” (66). Con esta representación la autora parodia el recibimiento tradicional de las mujeres a sus maridos al volver a casa, un recibimiento basado en la sumisión, en la dedicación al hombre para que éste sienta su masculinidad valorada.¹¹ Al poner en práctica sus dotes como actriz, la protagonista enfatiza el carácter performativo y falso de esta realidad. En definitiva, siente que le han mentado, que la maternidad y el trabajo de cuidados no es como la sociedad se los había representado: “Imposible negar que me siento engañada. ¿Es

esto la vida? ¿Esto es todo? ¿Tanta vuelta para esto?” (66).

Una similar falta de apoyo por parte del marido se aprecia en “Preferiría no tener que mentir”, incluido en *Carne*. En este relato, a diferencia del anterior, la protagonista, Esther, una mujer casada con dos hijos de once y siete años, trabaja como profesora de euskera en un instituto e intenta conciliar los ámbitos laboral y familiar. Sin embargo, ocuparse de su trabajo y del cuidado de sus hijos y casa le resulta complicado y agotador. Por ello, debido al cansancio vital que padece, acude a una oficina para completar un formulario solicitando el permiso de suicidio. El cuento, por lo tanto, desarrolla una situación irreal usando el humor negro, pero ofrece una crítica mordaz al estado de las mujeres que se sienten abrumadas por sus múltiples responsabilidades.

Aunque Esther no indica explícitamente una razón por la que desea suicidarse, en el diálogo que mantiene con el hombre encargado de tramitar los formularios se aprecian numerosos motivos que le hacen sentirse desbordada a pesar de su situación económica solvente. La protagonista reconoce que su marido, responsable de exportación de una empresa —lo que le lleva a viajar a menudo—, apenas pasa tiempo con sus hijos: “trata de estar lo menos posible con ellos, para no aburrirse, pero los adora” (93). A la pregunta de si quiere a su marido, ella responde que le tiene “mucho aprecio”, lo que da a entender que ya no siente atracción o pasión hacia él (93). Además, indica que a él “le gusta beber y busca excusas para hacerlo”, lo que ha influido negativamente en su relación (93).¹²

Esther también añade que acudió al psicólogo después de su segundo parto porque “siempre estaba cansada” (90) y que padece

problemas de autoestima respecto a su cuerpo desde entonces: “cuando nació ya no era capaz de sentirme a gusto desnuda delante de la gente, había dejado de ser bonita” (92). Tuvo incluso que recurrir al Prozac para realizar sus múltiples tareas diarias: “Con la medicina me resultaba más fácil levantarme de la cama y prepararles el desayuno a los niños, hacer la comida y todo eso, ir a trabajar, por ejemplo” (90). Aquí se aprecia que el cansancio que sufre la protagonista se debe a las numerosas responsabilidades que recaen sobre ella.

Esther ejemplifica las dificultades a las que se enfrentan las mujeres que trabajan dentro y fuera del hogar, es decir, las que realizan una doble jornada de trabajo o lo que María Jesús Izquierdo ha denominado “doble presencia ausencia” para captar el estar y no estar ni en casa ni en el trabajo “y el sufrimiento y limitaciones que tal situación” acarrea (cit. en Pérez Orozco, “Amenaza tormenta” 25).¹³ La incorporación de las mujeres al mercado laboral en España ha aumentado casi 20 puntos entre 1991 y 2016, situándose en un 53.61% (Alcañiz Moscardó 254), pero siguen siendo ellas las que dedican casi el doble de tiempo que ellos a las tareas domésticas y de cuidados (Gómez y Delgado). Mayormente son las mujeres las encargadas de sacrificar su desarrollo profesional por su vida familiar —por ejemplo, reduciendo su jornada laboral, cambiando de empleo o modificando horarios— y también son ellas las que sienten culpabilidad cuando creen que no están siendo buenas madres por falta de tiempo (Rodríguez Menéndez y Fernández García 260). Como indican Rodríguez Menéndez y Fernández García, las definiciones culturales de la “buena madre” entran en conflicto con las del “buen trabajador”, por lo que la maternidad y el empleo se construyen en oposición (270).¹⁴

Como se aprecia en el relato de Rodríguez, la ardua conciliación de las esferas laboral y familiar genera en las mujeres tensión y “una disminución de la calidad de vida y de satisfacción vital” (León Llorente 249). En entrevistas de campo se constata el estrés que sufren las mujeres por las dificultades para compaginar la familia y el trabajo remunerado, mientras que los hombres asumen como inevitable el que no puedan pasar más tiempo con sus hijos debido al trabajo (Rodríguez Menéndez y Fernández García 265-66). Javier Campos-Serna et al. señalan que las mujeres trabajadoras, especialmente las que tienen hijos, padecen respecto a los hombres más enfermedades respiratorias y cardíacas, así como estrés, depresión y trastornos musculoesqueléticos (344). El deseo de suicidarse de Esther ejemplifica esta realidad.

La solución a esta situación de desequilibrio entre mujeres y hombres no radica simplemente en la incorporación de más mujeres al mercado laboral, lo que Gillian Hewitson ha denominado como “añada mujeres y revuelva” (cit. en Pérez Orozco, “Economía del género” 47), ya que esta perspectiva no cuestiona la organización económica tradicional ni valora los trabajos de cuidados como parte de la economía (Pérez Orozco, *Subversión feminista* 43). Pérez Orozco considera que es necesario un cambio en los roles masculinos para que los hombres realicen más tareas en el hogar y por ello propone usar el término de “corresponsabilidad” en vez del de “conciliación”, ya que este último sólo se utiliza para hablar de las mujeres: “al final la idea de conciliación sólo afecta a las mujeres, porque habla de cómo compatibilizar un trabajo que ya se hacía (el de cuidados) con uno nuevo que se reivindica (el remunerado), pero no habla de poner a trabajar gratuitamente a quien no lo estaba haciendo antes: los hombres y el sector público” (*Subversión feminista* 51). La corresponsabilidad implica que el trabajo de cuidados se reparta equitativamente entre mujeres y hombres. En esta línea, Sarah Friedman afirma que solo se logrará alcanzar una auténtica revolución de género cuando los papeles de los hombres en la sociedad cambien, es decir, cuando lleven a cabo las labores del hogar de una manera igualitaria con sus mujeres y ocupen posiciones laborales tradicionalmente asignadas a la mujer (150).

La dedicación que Esther ha consagrado a su matrimonio y familia y que le ha llevado a su actual estado depresivo se debe al ideal del amor y entrega (a su marido, a sus hijos, a su familia) que la sociedad heteropatriarcal ha propagado como modelo para la mujer. Como señala Celia Amorós siguiendo a Shulamith Firestone, el amor “es el baluarte de la opresión de las mujeres en la actualidad” (23). Esteban y Távora indican al respecto que al construir a las mujeres como seres emocionales y enfatizar la importancia del poder afectivo, se potencia en ellas la subordinación (62). La misma idea expone Raquel Osborne: el ideal del amor para la mujer supone la abnegación y el sacrificio y es apropiado por los hombres para posicionar a las mujeres en una situación de inferioridad (154).

Tras una vida regida por la ley del amor heteropatriarcal, Esther decide finalmente romper con la imagen idealizada de madre y esposa por medio del suicidio. Aun así, se niega a firmar el formulario en el que el encargado que le está entrevistando ha escrito que ella podría “perjudicar a los hijos o desatender su cuidado” o el de su marido para

que su solicitud de suicidio tenga más probabilidades de ser aceptada en el Ministerio de Sanidad (94). Es decir, la protagonista quiere dejar constancia de que nunca haría daño a su familia, de que siempre ha sido una buena madre y esposa. Al mismo tiempo, a pesar de las sugerencias del encargado, rechaza la opción de que su suicidio parezca un accidente: “Quiero que quede claro que es un suicidio. [...] Que soy capaz de tomar decisiones sobre la vida” (97). Con ello parece que desea que su suicidio se vea como un acto supremo de rebeldía y de protesta contra las imposiciones sociales y las abrumadoras múltiples obligaciones que padecen las mujeres. Por eso escoge el método del salto al vacío para suicidarse, porque es el más efectivo, es “para más valientes” (96): “Va a ser usted la que atrape a la muerte y no la muerte a usted” (97). Además, resuelve no dejar opción para el arrepentimiento antes del salto, confirmando así que su decisión de suicidarse es definitiva. El cuento finaliza con un comentario machista del encargado cuando Esther sale de su despacho —“Bonito culo” (99)— para subrayar el papel coadyuvante de los hombres en la opresión cotidiana de las mujeres. A pesar del carácter irónico de este relato, en última instancia Rodríguez está criticando cómo resulta abrumador para la mujer compaginar las obligaciones familiares, domésticas y laborales.

Las consecuencias negativas de la doble jornada de trabajo en las mujeres también están presentes en el relato “Yolanda y las sillas”, incluido en *Y poco después, ahora*. La diferencia con la narración anterior radica en que la protagonista, Yolanda, no tiene hijos y pertenece a la clase trabajadora. Se trata de una mujer que lleva trabajando en un almacén de sillas ocho horas diarias durante nueve años. La labor manual y cansina que realiza no sólo no le resulta gratificante, sino que provoca su deterioro físico: “Examina en el espejo los destrozos que ha sufrido su rostro a lo largo del día: piel grasa, labios resecos, ojeras pronunciadas, y el gesto [...], el gesto vacío que se le queda tras una jornada laboral de ocho horas” (91).

Este relato revela que resulta necesario analizar el tipo de trabajo remunerado que realizan las mujeres y no simplemente enfocarse en y celebrar el porcentaje de mujeres que se incorporan al mercado laboral. Numerosos estudios confirman que las mujeres son discriminadas en el ámbito laboral al ocupar empleos de segundo orden y posiciones feminizadas en las que obtienen un salario inferior al de los varones (Prieto 147; Federici 109).¹⁵ En referencia al País Vasco, Ainhoa Novo y Arantxa Elizondo señalan que la mayor diferencia entre

hombres y mujeres en el mercado laboral radica en el tipo de trabajo que realizan las mujeres, mayormente en el sector de servicios, con contratos temporales y con sueldos más bajos (18).¹⁶

Aunque el cuento de Rodríguez no menciona el tipo de contrato que tiene Yolanda, hay indicios claros de que está siendo explotada en su trabajo. Así, al hallarse enferma una de sus compañeras, Yolanda tiene que cubrir su trabajo además de realizar el suyo, es decir, debe trabajar el doble para cumplir con los requisitos de la empresa: “Por la tarde ha llegado un pedido enorme. Mañana tendrá que tirarse el día colocando las sillas en los estantes y comprobando que las referencias concuerdan. Es un trabajo que normalmente se hace entre dos, pero su compañera vuelve a estar de baja, y no le quedará más remedio que hacerlo sola” (91).

El propio título del cuento, que une por medio de una conjunción copulativa el nombre de la protagonista con los objetos con los que trabaja, parece apuntar a la omnipresencia del trabajo en su identidad, al hecho de que el trabajo marca su vida negativamente. El carácter agobiante y abrumador de su trabajo se aprecia especialmente cuando invade hasta sus sueños. Yolanda sueña que se equivoca al realizar un pedido de sillas y que su jefe le recrimina por ello: “el jefe se sale de sus casillas, le habla a Yolanda con desdén, y le ordena que mientras él intente arreglar el desaguisado, ella se dedique a ordenar el almacén” (93). Así, ni al dormir, en las pocas horas que no tiene que trabajar, la protagonista es capaz de escapar de su rutina y de la opresión laboral. Además, se revela el comportamiento abusivo de su jefe, su miedo a cometer errores y a ser humillada por él. Yolanda también sueña con lo que le sucede el resto del día, manifestando cómo la reprensión de su jefe le afecta mentalmente después del trabajo: “Está de mal humor porque no puede quitarse de la cabeza el altercado” (94).¹⁷ El sueño —y con él el cuento— termina con ella metiéndose en la cama a la noche y deseando dormir “durante ocho horas y tres cuartos” para despertarse “como nueva para ir a trabajar” (94). Se manifiesta así cómo su existencia gira en torno al trabajo: el descanso tiene como objetivo recuperar fuerzas para trabajar al día siguiente en un círculo interminable, pero le resulta imposible reposar porque sueña con el trabajo. La realidad cotidiana y el sueño de Yolanda se confunden y en ambos el trabajo domina de manera omnipotente.

Las condiciones laborales de Yolanda influyen asimismo en su vida diaria y familiar. Al salir a las siete de la tarde del trabajo y tener que

levantarse a las siete de la mañana para ir a trabajar, a la protagonista le quedan pocas horas libres al día, durante las cuales está dominada por el cansancio o el dolor físico. Incluso cuando intenta entretener su mente al quedar con una amiga o al ver la televisión, la información y las noticias que recibe demuestran la dureza de la vida en el mundo actual, especialmente para la mujer: accidentes de coche, infartos, asilos y anorexia. Además, se señala que en su matrimonio es ella la que compra la comida después del trabajo y también la que cocina y plancha, aunque una noche le pide a su marido “que se encargue de fregar” porque “le duele el hombro de tanto acarrear sillas” (92). A pesar de que en este relato el hombre parece cooperar algo más en las tareas domésticas, es ella la que le tiene que pedir que las realice. También resulta significativo que un día ella compre pescado para cenar y cuando llega a casa se encuentra con una nota de su marido diciendo que se ha ido a cenar fuera. Al no avisarle a Yolanda con antelación, se da a entender que el marido no valora el tiempo que ella dedica a planear y comprar la comida para la cena. Por lo tanto, a la protagonista no le reconocen ni el trabajo que realiza en la empresa ni el que desempeña en casa.

Las referencias constantes al tiempo a lo largo del cuento no resultan accesorias. Rodríguez enfatiza a menudo la hora en la que Yolanda realiza sus diversas tareas: a las siete y tres minutos de la tarde se despide de sus compañeras de trabajo, a las siete y seis llega al bar donde se reúne con su amiga Arantxa, a las ocho y media está pelando patatas para la cena y a las once y cincuenta y cuatro minutos está en la cama intentando conciliar el sueño para descansar antes de que la alarma suene a las siete de la mañana. Además de resaltarse así la rutina, cotidianidad y desolación de su vida repetitiva, se subraya cómo el tiempo del reloj marca y dictamina su existencia. Por tanto, el relato desarrolla una crítica al tiempo como herramienta de control del capitalismo patriarcal. Carrasco Bengoa señala al respecto cómo el tiempo-reloj determina el resto de la organización social, violentando e invisibilizando los tiempos que caen fuera del ámbito mercantil, tanto el tiempo de la naturaleza como el tiempo de cuidados, que afecta mayoritariamente a las mujeres (“Tiempos en conflicto” 115).

El relato también manifiesta claramente la falta de tiempo libre de Yolanda, una realidad común en las mujeres trabajadoras, quienes suelen reconocer que carecen de tiempo para ellas mismas debido a las exigencias y necesidades familiares (Rodríguez Menéndez y Fernández

García 266). Como indica Alcañiz Moscardó, “en las mujeres el tiempo privado se confunde con el doméstico, mientras que en el hombre, es tiempo para sí mismo” (262). Esta escasez de tiempo se debe en parte a los horarios de trabajo en España, donde la jornada partida prolonga la salida del trabajo hasta casi la noche y dificulta grandemente la conciliación laboral y familiar. León Llorente llega a calificar como “contaminante” el horario de trabajo en España y el estilo directivo de las empresas que carecen de una cultura flexible y conciliadora (245). Además, indica que las largas e improductivas jornadas laborales en España provocan graves problemas para la salud (245).

Las consecuencias negativas del entorno laboral en la salud también se presentan en el relato “No vale un gato”, incluido en *Carne*, pero esta vez el origen del conflicto no es el horario laboral y la doble jornada, sino los abusos continuados por parte del jefe. Joana, una joven que lleva trabajando como auxiliar administrativo durante seis años en una empresa, sufre acoso moral por parte de su jefe, quien le asigna tareas repetitivas como ordenar listas y luego se las cambia para desestabilizarla psicológicamente. El jefe utiliza diversas estrategias de intimidación como reírse a carcajadas o dejarle numerosos *post-its* con encargos en la pantalla de su ordenador, “escribiendo en siete lo que hubiera podido poner en uno” (105). Aunque el acoso en el trabajo no es un fenómeno nuevo, la mala situación laboral en España, mayormente el desempleo, el miedo al paro y el aumento de una cultura individualista y competitiva pueden favorecer este tipo de actitudes (Martín y Pérez de Guzmán 295-96).

El abuso de poder del jefe hacia Joana se produce de manera reiterada con la intención de dañarla o perjudicarla, aspectos fundamentales para poder hablar de acoso laboral (Guillén Gestoso y Depolo 220). En ocasiones el objetivo del acoso es que la víctima abandone el trabajo, pero en este caso parece que el jefe no busca eso, sino que disfruta humillando a Joana en público. Es lo que Marie-France Hirigoyen ha denominado como “acoso perverso” (cit. en Guillén Gestoso y Depolo 221). El jefe desea ridiculizar a la protagonista y desacreditarla delante de los otros trabajadores asignándole tareas inferiores a su nivel de preparación y cambiando sus instrucciones una vez que las ha realizado: “El patrón ha hecho más café y ha mandado a Joana a comprar azúcar. Al volver le dice que le había pedido azúcar moreno y no del blanco. El grupo observa a Joana con las cucharillas en la mano” (112). De esta manera busca estigmatizar a la víctima para aislarla en

la empresa y para que sus compañeros eviten socializar con ella.

El hecho de que este acoso sea realizado por un hombre hacia una mujer que trabaja para él también resulta relevante. Teresa Pérez del Río señala al respecto que el sexo o género de la víctima puede constituir el motivo principal de la conducta del acosador (191). Al jefe de Joana le complace abusar psicológicamente de ella para sentirse más poderoso y seguramente aumentar su autoestima masculina al degradar a una mujer. Su posición de poder y la dependencia económica de la joven, que necesita el trabajo para subsistir, le permiten dañar severamente su estado emocional y vital. Éste es un ejemplo más de cómo el sistema socioeconómico actual es heteropatriarcal y se articula en relaciones de poder que privilegian al hombre blanco, burgués y heterosexual (Pérez Orozco, *Subversión feminista* 25).

El acoso que padece Joana provoca claros efectos perniciosos en su salud mental y física, así como en la relación con su novio Eñaut. La protagonista debe tomar fuertes somníferos para poder dormir, lo que causa que una mañana se despierte con su gato muerto, tras haberlo aplastado sin darse cuenta durante la noche. Joana culpa a su situación laboral y a su jefe de la muerte de su gato; de ahí el título del cuento. El médico le diagnostica un “trastorno adaptativo al entorno laboral con ansiedad” (108), lo cual se manifiesta en la sensación de impotencia que padece. Así, tras uno de los abusos de su jefe, se indica que a Joana “se le ha acelerado el corazón” y que “siente asco y ganas de gritar” (113). Joana padece algunos de los síntomas negativos que Carlos Guillén Gestoso y Marco Depolo señalan como propios de las víctimas de acoso moral o *mobbing*, tanto a nivel psicológico (baja autoestima, depresión) como físico (dolores, trastornos), social (susceptibilidad, agresividad, aislamiento) y familiar (problemas con la pareja y los hijos) (224-25).

La relación de Joana con su novio de siete años resulta negativamente afectada por el acoso laboral. Eñaut se muestra preocupado por ella, pero las soluciones que propone para ayudarla no resultan satisfactorias para Joana. Así, fue él quien le regaló el gato con la esperanza de que le hiciera sentirse mejor y es él el que la conmina a ir al sindicato para denunciar a su jefe.¹⁸ Sin embargo, Joana se siente incomprendida por Eñaut porque sus propuestas no erradican el problema y él no entiende el odio que ella siente hacia su jefe y sus deseos de asesinarle: “Matar al jefe, que el horno crematorio convierta su carne en ceniza o que los gusanos lo devoren y lo expulsen en forma

de hez. [...] Confesarle eso a tu pareja y que esta te regale un gato a cambio, toma, cariño, te va a venir bien” (107).

La incompreensión a la que se enfrenta Joana se debe a lo difícil que resulta probar el acoso moral. Por eso la protagonista comenta que preferiría sufrir acoso sexual, porque considera que de esta forma la apoyarían más y su novio la entendería mejor.¹⁹ Guillén Gestoso y Depolo exponen que el carácter oculto y la subjetividad que entraña el acoso moral provocan que sea complicado probar su existencia y que se llegue a culpar de la situación a la propia víctima (236, 223). En esta línea, Pérez del Río indica que las conductas que provocan el acoso moral “no se pueden catalogar ni de ilegales ni de irregulares desde la óptica jurídica”, lo que complica el que la víctima se pueda defender de ellas de manera legal (193). Por esta razón, cuando Joana y Eñaut acuden al sindicato, le aconsejan que coja la baja en vez de denunciar a su jefe judicialmente: “Yo te creo, pero necesitamos más pruebas. [...] Tienes que conseguir alguna prueba, pero ¿estás segura de que quieres acudir a los tribunales?” (111).

Además de su novio y del sindicato, los compañeros de trabajo tampoco apoyan a la protagonista, sino que prefieren adular al jefe o evitar cualquier enfrentamiento con él para mantener su puesto de trabajo y su poder adquisitivo. La ausencia de respaldo de personas e instituciones aumenta la sensación de frustración y soledad que padece Joana. Así, uno de sus compañeros de trabajo cambia su comportamiento con ella: “Al principio tuvo a Esteban como compañero de lucha: solían hablar de dignidad, de respeto, de condiciones laborales. Poco a poco esas palabras fueron volviéndose Caja de Ahorros, Viajes Eroski, esquís Salomón” (108). El individualismo, la jerarquía empresarial y la competitividad propios del sistema capitalista neoliberal provocan que Joana se sienta indefensa y lamente la manera en la que está organizada la sociedad: “Quisiera hablar con Marx, [...] dime una cosa, qué voy a hacer con este sentimiento si no tengo a nadie a mi lado, con quién poner en práctica la dialéctica cuando estoy sola, con quién convertirme en camarada de clase cuando soy la excluida de la clase” (108).

La frustración de Joana es tal que busca vengarse de su jefe. Para ello, le pincha con clavos una rueda del coche, lo que le hace sentirse mejor. Sin embargo, considera que sólo la muerte del jefe compensará el dolor que ha estado sufriendo. Para ella, la situación que

vive es la de una guerra y su obligación es la de ejercer la justicia por su mano, ya que el sistema social no le ofrece ninguna solución: “Alinea los soldados, los policías, los guerrilleros. Piensa en trincheras, cárceles, clandestinidad. [...] Puede sentir por sus venas el valor de todos aquellos que alguna vez tuvieron las manos ensangrentadas” (113).²⁰ Así, aunque no se explicita en el relato, se da a entender que Joana envenena al jefe, quien una mañana es encontrado en estado grave tirado en el suelo de la oficina. Cuando le informan de la noticia, Joana, que no había acudido a trabajar ese día, vomita en la calle, manifestando de esta manera la liberación de su yugo. El hombre mayor que le ayuda y al que se abraza en la acera ofrece un mensaje optimista sobre la lucha social y la hermandad de los trabajadores.

A pesar de que el desenlace del relato con el asesinato del jefe puede resultar excesivo, representa un medio drástico por el que Joana puede encontrar solución y venganza a sus continuados abusos. Con este final la autora va más allá de la representación de la mujer como víctima y le confiere una agencia que no implica su propia inmolación, como en el caso de Esther, sino un ataque directo a la causa patriarcal de su humillación.

En los relatos analizados Rodríguez revela cómo el trabajo y el mercado laboral suelen acarrear numerosos conflictos en la vida de las mujeres. Por medio de personajes femeninos de diversa índole y estatus social, la autora denuncia cómo el capitalismo neoliberal resulta heteropatriarcal y contribuye a la explotación de las mujeres, tanto en el ámbito laboral como en el doméstico: en el primero, abusando de la mujer trabajadora y en el segundo, haciendo recaer sobre ella el trabajo de cuidados que beneficia a los hombres, no solo en el bienestar vital de éstos, sino también en su desarrollo profesional. En los relatos de Rodríguez, debido a la maternidad como institución, la mujer que ha sido madre recientemente se ve abocada a no poder trabajar fuera de casa y a realizar tareas domésticas con las que no se siente realizada. Cuando la mujer posee un trabajo remunerado, se aprecian sus enormes dificultades para conciliarlo con el trabajo de cuidados y del hogar, ya que la doble jornada es una realidad que el hombre no practica y que afecta solo a la mujer. Además, en el mercado laboral a la mujer se le asignan trabajos peor remunerados, cansinos y repetitivos, en los que resulta explotada y padece abusos o acoso moral por parte de sus jefes.

Las consecuencias de estas condiciones laborales se aprecian en el deterioro de la salud física y mental de las mujeres. Las narraciones manifiestan cómo el trabajo afecta el resto de la vida de las mujeres, invadiendo sus sueños, minando sus relaciones de pareja, limitando su tiempo libre y descanso, perjudicando su autoestima y generando estrés y ansiedad. Por ello vemos cómo varias de las protagonistas tienen que recurrir a pastillas o ansiolíticos para poder seguir en su día a día. Sus esposos no realizan el trabajo doméstico y de cuidados que les correspondería, obligándoles a ellas a ocuparse de la casa y de los hijos. Tampoco entienden la situación de cansancio y desbordamiento físico y emocional de sus mujeres, lo que provoca que ellas se sientan solas y poco comprendidas. No cabe duda de que el hombre contribuye significativamente a la explotación laboral de la mujer, tanto en el trabajo remunerado con los jefes abusivos y acosadores, como en el trabajo del hogar con los maridos que se desentienden de sus responsabilidades domésticas.

Las soluciones que ofrecen los relatos de Rodríguez a la situación de opresión de las mujeres resultan drásticas: el suicidio para poder finalmente descansar y el asesinato para terminar con el origen del acoso. Sin embargo, revelan a unos personajes femeninos activos que buscan acabar ellas mismas con su estado de desolación porque las estructuras sociales y políticas no les apoyan ni les ofrecen mecanismos viables de conciliación. Estas narraciones prueban que no es suficiente el que la mujer se incorpore al mercado laboral para alcanzar la igualdad de género, sino que es necesario cambiar la mentalidad de los hombres para que se modifique su actitud en el hogar y en el mercado laboral. Rodríguez transmite así los postulados de la economía feminista, la cual visibiliza y valora los trabajos de cuidados, da prioridad a la sostenibilidad de la vida sobre la productividad, promueve la corresponsabilidad de los hombres en las tareas domésticas y el cuidado de los hijos, y fomenta la creación de nuevas leyes y cambios en la cultura empresarial y social para evitar el acoso moral y la segregación y explotación laboral de la mujer.

Notas

1. El último de sus libros, *Bihotz handiegia* (“Un corazón demasiado grande”), cuya traducción al castellano se publicó en septiembre de 2019, ha recibido el Premio Euskadi de Literatura del 2018.

2. El término “heteropatriarcado” hace referencia al sistema social, cultural y político que promueve y favorece la heterosexualidad y el patriarcado, es decir, que beneficia a los hombres heterosexuales, discriminando a las personas no heterosexuales y a las mujeres. Este acrónimo revela cómo el machismo y la heteronormatividad confluyen en una misma concepción tradicional de la sociedad. Las personas machistas suelen posicionarse en contra de las personas LGTB.
3. Jone Hernández García expone que las cuestiones laborales constituyen también una de las principales preocupaciones del feminismo vasco: la incorporación de las mujeres al mercado laboral, la discriminación salarial, su segregación laboral y la falta de reconocimiento de su trabajo (385). Mari Luz Esteban advierte, en cambio, que en el feminismo vasco y español, el trabajo precario de la mujer es un aspecto que permanece en un segundo plano frente a la prioridad dada a la reproducción, la sexualidad de la mujer y la violencia machista (397).
4. Corina Rodríguez Enríquez define como economía del cuidado “todas las actividades y prácticas necesarias para la supervivencia cotidiana de las personas en la sociedad en que viven” (36). Incluye el cuidado de otras personas, tareas domésticas como la limpieza de la casa, la compra y preparación de alimentos, así como la coordinación de horarios y traslados de familiares a centros e instituciones (Rodríguez Enríquez 36).
5. Carrasco Bengoa señala incluso que la separación entre el trabajo remunerado y el de cuidados no es rígida, sino porosa y cambiante, ya que hay situaciones en las que las personas realizan los dos tipos de trabajo simultáneamente, por ejemplo, en el caso de mujeres que gestionan tareas del hogar mientras desempeñan el trabajo remunerado desde casa (“El cuidado” 44).
6. Silvia Federici también considera que el trabajo doméstico y la familia son los pilares de la producción capitalista, ya que el trabajo del hogar que realizan las mujeres implica no sólo las tareas domésticas, sino también el cuidado físico, emocional y sexual de los hombres, así como el ocuparse del crecimiento de los hijos, educarles y prepararles para que sean los futuros trabajadores de la nación (31).
7. A pesar de lo indicado en esta cita, la protagonista señala unas líneas más arriba que, debido a que los padres de su marido les pagarán el piso, su suegra le sugiere la idea de dejar de trabajar: “Así no tendréis que pedir una hipoteca, nos dijeron, me dijo, su madre, mientras buscábamos casa. Quizá hasta puedas dejar de trabajar, me dijo” (61).
8. Así expresa Rich cómo la maternidad como institución sirve para el beneficio de los hombres: “Institutionalized motherhood demands of women maternal ‘instinct’ rather than intelligence, selflessness rather than self-realization, relation to others rather than the creation of self” (42).
9. Respecto a su hijo, no puede evitar pensar que en el futuro se distanciará de ella: “Algún día me verá como madre, sin apellidos, una madre genérica. Hay veces en las que me causa tristeza verlo dormir” (62). También cree que, al igual que su marido, se transformará en un hombre poco comprensivo con su mujer: “Algún día se convertirá en alguien parecido a su padre, que tendrá al lado alguien parecido a mí, alguien que no tendrá especiales ganas de verlo aunque lo esté esperando” (65).

10. Simone de Beauvoir ya señalaba en *The Second Sex* que hay mujeres a las que la maternidad no les resulta placentera, sino más bien decepcionante (569). Frente a la religión de la maternidad que proclama que todas las madres son devotas, Beauvoir subraya que la realidad de la maternidad puede ser muy diferente: “The first of these preconceptions is that maternity is enough in all cases to crown a woman’s life. It is nothing of the kind. There are a great many mothers who are unhappy, embittered, unsatisfied” (582).
11. Este tipo de actitud se promulgaba en los manuales de conducta de la Sección Femenina durante el franquismo. La mujer que espera al hombre como un ser dependiente y pasivo ha sido un tropo tradicional de la literatura y de la cultura. Así lo expresa Rich: “Women have always been seen as waiting: waiting to be asked, waiting for our menses [...], waiting for men to come home from wars, or from work, waiting for children to grow up, or for the birth of a new child, or for menopause” (39).
12. Numerosas de las protagonistas femeninas de los relatos de Rodríguez se hallan insatisfechas en sus relaciones de pareja y matrimonios y en su vida familiar. En estas situaciones no hay abuso físico o psicológico por parte de los hombres, pero éstos actúan de manera negligente, sin preocuparse por las necesidades emocionales de las mujeres y/o sin colaborar en la crianza de los hijos. En varios de estos relatos las protagonistas femeninas muestran su agencia al abandonar a sus parejas o irse con otros hombres con el objetivo de alcanzar su felicidad.
13. Además del término “doble jornada”, Mercedes Alcañiz Moscardó recoge los de “doble presencia” y “jornada interminable” para referirse a esta realidad (259).
14. La escritora Jasone Osoro ofrece la misma idea en una entrevista: “resulta muy complicado compaginar ser madre con trabajar fuera de casa. Por mucho que se tenga una pareja que comparta las labores domésticas, todavía recaen en la mujer la mayoría de las tareas de la casa y el cuidado de los niños” (González-Allende, “Yo vivo en euskara” 213).
15. Silvia Federici resalta que la participación de las mujeres en el mercado laboral también ha provocado un aumento de la violencia de los hombres contra ellas, debido al miedo de éstos a la competencia económica y a su frustración por no ser capaces de cumplir su papel como proveedores de la familia (109).
16. Novo y Elizondo indican asimismo que ha crecido el número de mujeres en situación de pobreza: “In 2008, the risk of poverty rates were 47.1 percent for women and 10.7 for men. Therefore, of the total people at risk of poverty by personal income levels, 82.9 percent were women” (20). La misma idea manifiestan Pau Marí-Klose y José Saturnino Martínez García cuando afirman que en España el precariado tradicional ha estado conformado “por personas con bajo nivel de cualificación, especialmente mujeres en los sectores de ocupación feminizados”.
17. El hecho de que la amiga de Yolanda, Arantxa, le diga que ella también ha recibido reprimendas parecidas de su jefe manifiesta la extensión de este tipo de abusos laborales entre las mujeres.
18. Tras la muerte del gato, Eñaut le trae a Joana dos tortugas, seguramente con la misma intención de que le sirvan de consuelo o ayuda a su situación de acoso laboral.

19. Eider Rodríguez ha dedicado diversos cuentos a tratar el tema de la violencia sexual del hombre contra la mujer (González-Allende, “Escritoras vascas”).
20. No es casual, por tanto, que al final del relato Joana recuerde la guerra civil española de 1936 cuando un hombre mayor le socorre tras vomitar.

Obras citadas

- Alcañiz Moscardó, Mercedes. “Trayectorias laborales de las mujeres españolas. Discontinuidad, precariedad y desigualdad de género.” *Revista de Estudios de Género: La Ventana*, vol. 5, no. 46, 2017, pp. 244-85.
- Amorós, Celia. “Dimensiones del poder en la teoría feminista.” *Revista Internacional de Filosofía Política*, no. 25, 2005, pp. 11-33.
- Beauvoir, Simone. *The Second Sex*. Vintage Books, 1974.
- Benería, Lourdes. “Neoliberalism and the Global Economic Crisis: a View from Feminist Economics.” *Under Development: Gender*, editado por Christine Verschuur et al., Palgrave, 2014, pp. 257-85.
- . “Qué es la economía feminista?” *Eldiario.es*, 13 abr. 2018, www.eldiario.es/alternativaseconomicas/economia-feminista_6_760533942.html. Consultado 2 nov. 2018.
- Campos-Serna, Javier et al. “Desigualdades de género en salud laboral en España.” *Gaceta Sanitaria*, vol. 26, no. 4, 2012, pp. 343-51. doi: 10.1016/j.gaceta.2011.09.025.
- Carrasco Bengoa, Cristina. “El cuidado como eje vertebrador de una nueva economía.” *Cuadernos de Relaciones Laborales*, vol. 31, no. 1, 2013, pp. 39-56. doi: 10.5209/rev_CRLA.2013.v31.n1.41627.
- . “Sostenibilidad de la vida y ceguera patriarcal. Una reflexión necesaria.” *Atlánticas: Revista Internacional de Estudios Feministas*, vol. 1, no. 1, 2016, pp. 34-57.
- . “Tiempos en conflicto, sociedades insostenibles, diálogos necesarios.” *Revista de Economía Crítica*, no. 22, 2016, pp. 108-25.
- Esparza, Iratxe. “Exteriorizando la narratividad: Nueva mirada de las escritoras vascas.” *Ínsula: Revista de Letras y Ciencias Humanas*, no. 797, 2013, pp. 27-29.
- Esteban, Mari Luz. “Bodies and Feminist Politics in Basque Society.” *A New History of Iberian Feminisms*, editado por Silvia Bermúdez y Roberta Johnson, U of Toronto P, 2018, pp. 392-98.
- Esteban, Mari Luz y Ana Távora. “El amor romántico y la subordinación social de las mujeres: revisiones y propuestas.” *Anuario de Psicología*, vol. 39, no. 1, 2008, pp. 59-73.
- Federici, Silvia. *Revolution at Point Zero: Housework, Reproduction and Feminist Struggle*. PM Press, 2012.
- Friedman, Sarah. “Still a Stalled Revolution? Work/Family Experiences, Hegemonic Masculinity, and Moving Toward Gender Equality.” *Sociology Compass*, vol. 9, no. 2, 2015, pp. 140-55. doi: 10.1111/soc4.12238.

- Gómez, Manuel y Cristina Delgado. “La mujer dedica el doble de horas que el hombre al trabajo no pagado.” *El País*, 13 feb. 2018, https://elpais.com/economia/2018/02/12/actualidad/1518462534_348194.html Consultado 2 nov. 2018.
- Gómez Esteban, Concha y Carlos Prieto. “Testigas de cargo: mujeres y relación salarial hoy.” *Cuadernos de Relaciones Laborales*, no. 12, 1998, pp. 147–67.
- González-Allende, Iker. “Escritoras vascas y feminismo: La ubicua violencia sexual contra la mujer en los relatos de Eider Rodríguez.” *Revista de Escritoras Ibéricas*, vol. 6, 2018, pp. 109–37. doi: 10.5944/rei.vol.6.2018.20797.
- . “‘Yo vivo en euskara, no como defensa, no como arma, sino como una manera de ser’: Conversación con la escritora Jasone Osoro.” *Arizona Journal of Hispanic Cultural Studies*, vol. 12, 2008, pp. 203–17.
- Guillén Gestoso, Carlos y Marco Depolo. “*Mobbing*: Una forma de violencia en el trabajo.” *Mujer, violencia y derecho*, editado por María Dolores Cervilla Garzón y Francisca Fuentes Rodríguez, U de Cádiz, 2006, pp. 219–43.
- Hernández García, Jone. “Multifaceted Feminism: Promoting Diversity in the Twenty-First-Century Basque Country.” *A New History of Iberian Feminisms*, editado por Silvia Bermúdez y Roberta Johnson, U of Toronto P, 2018, pp. 384–91.
- León Llorente, Consuelo. “Estrés laboral femenino y políticas de igualdad y flexibilidad en España.” *Feminismo/s*, vol. 27, 2016, pp. 243–61. doi: 10.14198/fem.2016.27.13.
- Marí-Klose, Pau y José Saturnino Martínez García. “La precariedad en España: ¿algo nuevo bajo el sol?” *La Maleta de Portbou*, no. 8, 2014, <https://lamaletadeportbou.com/articulos/la-precariedad-en-espana/> Consultado 2 nov. 2018.
- Martín, Margarita y Sofía Pérez de Guzmán. “El acoso moral en el trabajo: La construcción social de un fenómeno.” *Cuadernos de Relaciones Laborales*, vol. 20, no. 2, 2002, pp. 271–302.
- Novo, Ainhoa y Arantxa Elizondo. “The Social Status of Men and Women in the Basque Country.” *Feminist Challenges in the Social Sciences: Gender Studies in the Basque Country*, editado por Mari Luz Esteban y Mila Amurrio, Center for Basque Studies, 2010, pp. 11–23.
- Olaziregi, Mari Jose y Mikel Ayerbe. “El conflicto de la escritura y la rescritura de la identidad: Análisis de la narrativa de escritoras vascas que abordan el conflicto vasco.” *Identidad, género y nuevas subjetividades en las literaturas hispánicas*, editado por Katarzyna Moszczynska-Dürst et al., U de Varsovia, 2016, pp. 45–66.
- Osborne, Raquel. “El poder del amor (o las formas sutiles de dominación patriarcal).” *Género, violencia y derecho*, editado por Patricia Laurenzo Copello et al., Editores del Puerto, 2009, pp. 143–56.
- Pérez, Andrea. “Entrevista a Cristina Carrasco: ‘La economía feminista va más allá de la igualdad entre hombres y mujeres.’” *Eldiario.es*, 4 ag. 2016, www.eldiario.es/catalunya/economia/Cristina_Carrasco-igualdad-capitalismo-economia-feminista_o_541396500.html Consultado 2 nov. 2018.

- Pérez del Río, Teresa. "La violencia de género en el trabajo: Acoso sexual y acoso moral por razón de género." *Mujer, violencia y derecho*, editado por María Dolores Cervilla Garzón y Francisca Fuentes Rodríguez, U de Cádiz, 2006, pp. 185-218.
- Pérez Orozco, Amaia. "Amenaza tormenta: La crisis de los cuidados y la reorganización del sistema económico." *Revista de Economía Crítica*, no. 5, 2006, pp. 7-37.
- . "Economía del género y economía feminista: >Conciliación o ruptura?" *Revista Venezolana de Estudios de la Mujer*, vol. 10, no. 24, 2005, pp. 43-63.
- . *Subversión feminista de la economía*. Traficante de Sueños, 2014.
- Prieto, Carlos. "Los estudios sobre mujer, trabajo y empleo: caminos recorridos, caminos por recorrer." *Política y Sociedad*, vol. 32, 1999, pp. 141-49.
- Rich, Adrienne. *Of Woman Born: Motherhood as Experience and Institution*. W. W. Norton, 1986.
- Rodríguez, Eider. *Carne*. 451, 2008.
- . "Escritoras vascas e intimidad: La maternidad negativa como instrumento para acceder al sistema literario." 2014. Manuscrito.
- . *Un montón de gatos*. Caballo de Troya, 2012.
- . *Y poco después, ahora*. Ttarttalo, 2007.
- Rodríguez Enríquez, Corina. "Economía feminista y economía del cuidado: Aportes conceptuales para el estudio de la desigualdad." *Nueva Sociedad*, no. 256, 2015, pp. 30-44.
- Rodríguez Menéndez, Ma del Carmen y Carmen Fernández García. "Empleo y maternidad: el discurso femenino sobre las dificultades para conciliar familia y trabajo." *Cuadernos de Relaciones Laborales*, vol. 28, no. 2, 2010, pp. 257-75.

Notes on contributor

Iker González-Allende is Leland and Dorothy Olson Professor of Modern Languages and Literatures at the University of Nebraska-Lincoln, specialist in 20th-21st c. Spanish literatures and cultures. He is the author of the monographs *Hombres en movimiento: Masculinidades españolas en los exilios y emigraciones, 1939-1999* (Purdue UP, 2018) and *Líneas de fuego: Género y nación en la narrativa española durante la Guerra Civil (1936-1939)* (Biblioteca Nueva, 2011). He has also published the edited volumes *El mundo está en todas partes: La creación literaria de Bernardo Atxaga* (Anthropos, 2018) and *El exilio vasco: Estudios en homenaje al profesor José Ángel Ascunze Arrieta* (Universidad de Deusto, 2016), as well as the epistolary correspondence, articles, and diaries of Pilar de Zubiaurre.

